

Han pasado muchos años. Ahora, el dios del mar, el gran héroe Taawè, es el que dirige los peces a las redes de los hombres del mar. Y cuentan que muchas veces, cuando el mar está revuelto, puede verse al gran Taawè sentado en lo alto de una ola gigante, envuelto en la manta que le tejió su esposa, mientras se escuchan las lamentaciones de sus amigos y compañeros de menester, porque éstos habían preferido ahogarse en el mar antes que vagar sin que nadie les diera cobijo. La esposa de Taawè murió muy joven, porque no volvió a casarse. Nadie sabe dónde está su hijo Kööbi, porque desde que se llevó el cayuco de su padre, nunca más se volvió a saber de él.

La leyenda de Wewëöpö

Hace mucho, muchísimo tiempo, cuando el hombre era de humilde corazón, cuando todo era posible, fuere lo que fuere, cuando el dolor era mitigado con el simple soplo de un anciano, había en una aldea lejana un joven matrimonio muy querido por todos los que en esa aldea habitaban. Eran los dos muy jóvenes y acudían siempre adonde se les llamaba; consolaban a los afligidos, asistían a los impedidos, ayudaban a los ancianos, y por las tardes, cuando la noche anunciaba su llegada con el canto de los grillos y la intermitente lucecilla de las luciérnagas, cuando el sol se juntaba con la tierra y el agua en el lejano horizonte y empezaba a soplar una suave brisa que recordaba a los aldeanos el calor del fuego de sus hogares, ese joven matrimonio, formado por Pûpuru y Rëëa recorría la aldea, yendo de casa en casa, para llevarse a los niños. Reunían a todos en su casa, una especie de árbol cubierto con grandes hojas, construida con nipas trenzadas, sin puertas ni ventanas, con un gran poste en el centro de la misma y un fuego que no se apagaba nunca. Allí reunían a todos los niños y las niñas de la aldea para amenizarles la tarde, narrándoles algunos hechos ocurridos hace algún tiempo y que tuvieron a los ancianos como protagonistas. El joven matrimonio era el modelo de todos los mozos, el espejo de las parejas recién casadas y de todos los padres para con sus hijos, el estandarte de la aldea frente a sus vecinos y muchas y muchas cosas más. No podían faltar en las fiestas de la aldea; todos querían que estuvieran presentes en cualquier acontecimiento popular. Eran el amor de todos, el ánimo de los niños y el estímulo de los que nunca creen en nada. Pero los años pasaban, los niños eran sustituidos por otros, la aldea se hacía cada vez más grande, los ancianos legaban su saber a los menos viejos, pero nuestro joven matrimonio seguía solo, aunque rodea-

do de todos los habitantes de su querida aldea. Hombre y mujer se daban cuenta de que ya no podían seguir haciendo ciertas cosas, que empezaba a pesarles el tiempo, los años les traicionaban. Esperaban tener un hijo que pudiera garantizar su ascendencia y seguir con la labor que realizaban. Los ancianos de la aldea, al ver que la esposa de Pûpuru no traía hijos al mundo, se reunieron para aconsejarles y las mujeres no dejaron de asistir moralmente a Rëëa. Todos se pusieron de acuerdo y pensaron casar al marido con otra joven esposa que pudiera darle hijos. Pero él, de una forma maravillosa y muy cortés, rechazó la oferta —sabed que en aquella época no se debía rechazar la propuesta de los ancianos—, porque no había nada en el mundo que pudiera separarle de su ya vieja y para él joven y bella esposa. Una tarde, cuando el marido terminó su faena y antes de que ambos pasaran por las casas a recoger a los niños, Pûpuru llamó a su esposa Rëëa y habló de esta manera: «Mujer, creo que lo nuestro no puede cambiar. No podemos tener hijos porque ya somos mayores». Pero ella, siempre sonriente y con palabras dulces, habló a su marido de esta manera: «No temas, amado esposo, nada es imposible y ya verás cómo te daré un hijo dentro de poco, ya lo verás». «Cuando éramos jóvenes» —dijo el esposo— «siempre deseé tener un hijo para contarle muchas cosas, pero nuestro hijo no ha querido llegar, quizá porque no veía sitio entre todos los niños que vienen a nuestra casa. No quiero casarme de nuevo, prefiero vivir sin hijos antes que separarme de ti, lo prefiero así.» La esposa veía mucha tristeza en las palabras de su esposo. Mientras éste hablaba, ella avivaba el fuego con un fuelle hecho con hojas de palmera datilera, al tiempo que cocía los plátanos que iban a comer esa tarde. Ella sabía que todos los maridos podían tener más de una esposa; estaba segura de que si llegara el momento de compartir a Pûpuru con otra mujer más joven que ella lo asumiría tranquilamente, incluso cuidaría del hijo de la otra esposa. Sabía que ambas mujeres tendrían que compartir la misma casa, que sus lechos de madera de bambú estarían casi juntos, a pocos centímetros del fuego, pero estaba dispuesta a todo, con tal de ver feliz a su marido. Rëëa habló a su marido con estas palabras: «Si tienes un hijo le cuidaré como si fuera mío, no debes preocuparte por eso». La desafortunada esposa seguía albergando las esperanzas de poder dar un hijo a su amado esposo. Por consiguiente, pensó que si por sí sola no podía traer un hijo al mundo, debía acudir a los dioses. Entonces decidió que los dos debían hacer una visita al gran Velador de la aldea, el que es capaz de hablar con los Espíritus, con los antepasados muertos, con los dioses, así como con las personas de la aldea que se encuentran en otras partes. Aquella tarde decidieron suspender sus visitas a las casas. Para ver al gran Velador la esposa llevó dos leños, dos nueces de cola y el marido llevó una calabaza llena de *ba'u* (una bebida alcohólica que se extrae de la palmera) y una fruta silvestre cuyo sabor duraba más de tres días en el paladar de quien la probara. Aquella tarde dejaron su casa, apagaron el fuego que habían mantenido siempre encendido, desde aquella primera vez que colocaron el primer poste para la construcción de su casa. Y acudieron a la choza del Velador. De vez en cuando, el marido ayudaba a su esposa a subir la pendiente del pedregoso sendero que conducía a la choza del Velador. A su paso, todos salían de sus casas, tristes, lanzándoles palabras de aliento y coraje, para animarles y desearles suerte. Era por la tarde, y los niños mayorcitos estaban tristes. Veían que en lugar de ir con los «abuelos» se quedaban en sus casas, sin saber por qué. Sus seres queridos se iban alejando poco a poco, siempre sonrientes. Los niños les pre-

guntaban adónde iban, y los abuelos contestaban con una voz dulce: «Vamos a buscar más niños». Al final, después de contestar a las amabilidades de sus conaldeanos, llegaban a la choza del Velador, una choza hecha también con nipas trenzadas, pequeña, con una entrada y sin ventanas. El Velador estaba sentado, mirando hacia el mar. Éste conocía el problema de Pûpuru y Rëëa, porque antes de que llegaran, su Espíritu le había contado todo. La esposa de Pûpuru ofreció los presentes al Velador, con mucho respeto, y pidió que éste hablara con el dios de la fecundidad para que le diera un hijo. El Velador llamó a su Espíritu, que no tardó en introducirse en la cabeza de su siervo anciano. El Espíritu habló de esta manera a través del Velador: «Pobres hijos míos... Habéis venido en busca de lo que nunca hubierais tenido. Pero no lloréis más, porque quien viene a verme, quien invoca a los dioses para un bien, saldrá siempre con lo que busca. Volved a vuestro hogar y mañana, muy temprano, antes de que las gallinas descubran a sus polluelos, cuando la aurora esté roja todavía, salid y recoged en un cuenco el primer rocío del fresco aire del día naciente. Con ese líquido tu mujer se lavará el rostro y todo el cuerpo. Después, esperad y veréis. Ahora, volved a vuestra casa».

El matrimonio regresó a su hogar e hizo lo que le había mandado el Espíritu. Volvieron a reunir a todos los niños de la aldea. Al cabo de un tiempo, Rëëa se quedó encinta. Toda la aldea cantó de alegría. Se organizaron fiestas en honor de Rëëa. Las muchachas sin pudor, que habían sido elegidas como esposas de los hombres más valientes, bailaron bajo la luz de la luna para Pûpuru y Rëëa. El ritmo de los pasos que marcaban y el movimiento de sus caderas desnudas se proyectaba en el retiemble de sus pechos pomposos. Eran la curiosidad de los jóvenes y de las miradas de los ancianos. Aquellas muchachas bailaban sin pudor, como si para ellas no existieran los demás aldeanos. Prosiguieron las amenas tardes. Los niños mayores volvieron a reunirse junto a la hoguera, procurando dejar espacio a los más pequeños. Mientras la mujer de Pûpuru narraba algún hecho real o imaginario, algunos chicos asaban plátanos que colocaban debajo de la ceniza caliente y roja. Las chicas asaban pequeños caracoles y con un poco de aceite de palma que les entregaba la futura madre Rëëa, comían su apreciado manjar. Pasó el tiempo. Nadie dejaba trabajar a la anciana futura madre, y tras trece meses de embarazo el matrimonio tuvo una niña. Todos querían darle su nombre. Pero los padres reservaron ese honor al primer niño que llamaron cuando empezaron a alegrar las tardes de los pequeños de la aldea. Ahora ese niño era un gran hombre, casado, y con muchas esposas y muchos hijos. Nada más saber que los abuelos habían tenido al niño siempre esperado, acudió a visitarles con muchos regalos. Para la abuela Rëëa llevó mucho ñames, tres cabalzas de aceite de palma, un fajo de leños, tres puercoespines, un racimo de plátanos, una fibras de rafia y la piel de una cabra. Para el abuelo Pûpuru llevó una calabaza llena de ba'u, un bastón irrompible y también una piel de cabra. Al llegar al hogar del matrimonio saludó a todos los presentes, miró a la recién nacida y dijo: «Se llamará Wewèöpö, que quiere decir, la Maja que tarda». Y así se llamó. Wewèöpö creció pronto y quiso imitar a sus padres. Cuando éstos iban a la finca, reunía a todas sus compañeras y se iban a la playa a bañarse y al gran río a coger camarones. Las reprimendas de sus padres no fueron suficientes para cambiar la actitud de su hija. De pronto, las madres de la aldea empezaron a quejarse porque, a veces,

sus hijas no volvían a sus casas hasta después de dos o tres días. Los padres prohibieron a sus hijas la compañía de Wewèöpö; los niños dejaron de visitar al matrimonio. Los ancianos hablaron, pero nada cambió la actitud de Wewèöpö, porque ella seguía haciendo lo que le venía en gana. Llegaron los días de pesca femenina en los que las mujeres van a la playa a pescar en las pozas. La madre llevó consigo a su hija Wewèöpö. Permanecieron en la playa durante todo el día, hasta que las mujeres decidieron regresar a la aldea. La madre de Wewèöpö era ya mayor y entregó su carga a su hija.

Wewèöpö, de paso mucho más ligero que su madre, y mucho más fuerte, llegó antes a la aldea y dejó el pescado sin limpiar. Y salió. Entraron los canes y se lo comieron todo. Aquella tarde la niña no volvió. La gente lo consideró normal. Pasaron muchos días. Sus padres estaban muy preocupados y los aldeanos compartieron su dolor. Las amigas de Wewèöpö formaron grupos para salir en su busca; los hombres también hicieron lo mismo, pero nadie la encontró. Las mujeres iban todas las tardes a consolar a la madre de Wewèöpö, quien, observando detenidamente a las presentes, se daba cuenta del afecto que sentía por todas ellas. Todas eran sus hijas y todas la querían, pero algo faltaba: la hija de sus entrañas. Por eso, una vez más, volvieron Pûpuru y Rëëa a la sagrada cabaña del gran Velador. «Habéis vuelto porque vuestra hija se ha ido de casa» dijo éste nada más verles. «Pero volverá, sólo lo ha hecho para medir vuestro amor hacia ella, lo ha hecho porque así le han dicho los del Más Allá, porque ése es su destino. Vuestros antepasados me piden que os haga llegar este mensaje antes de deciros el sacrificio a realizar para que vuelva vuestra hija. En la palmera donde enterraron el resto del cordón umbilical de la tatarabuela Rëha, enterrad también el de Wewèöpö». Y siguió hablando el gran Velador, y Pûpuru prestaba suma atención a todo lo que el misterioso hombre decía, porque sabía que no estaba hablando con un aldeano, sino con el espíritu del dios Bianó'ó. «Esta vez tu esposa hará un gran esfuerzo», dijo el gran Velador. «Deberá salir sola por la mañana y seguir el camino de los ríos hasta llegar al río más grande y más caudaloso, el río de las aguas abundantes. En cada uno de los ríos preguntará al espíritu guardián si ha visto allí a su hija Wewèöpö; eso es todo.» La triste esposa y madre salió por la mañana, sola. Las hierbas que alargaban sus brazos para esconder el sendero, acariciaban las piernas de la madre de Wewèöpö con el frío rocío de la mañana, disolviendo así la capa rojiza con la que se embadurnaba las tardes en las que nadie acudía a la finca. Dicen que fue la más bella mujer que jamás hubo en la aldea. Y cuando llegó al primer río, el más cercano a la aldea, no habló, pero cantó de esta manera:

E ñmò è okö ré rië...¹

La desesperada mujer insistió una y otra vez, pero nadie le respondió. Desistió y siguió su camino. Mientras iba caminando, recordaba sus años de doncella, cuando intentaba imitar el canto del pájaro Sintäoppiö, el que anuncia la llegada de la lluvia y al que todos temen, no porque sea grande, sino por su tétrico, siniestro y fúnebre silbido. La mujer intentó imitar el canto del pájaro työköpûlokkè, el que anuncia los

¹ ¡Oh Dios! Tú que tienes este río.